

Jueves 21 de Mayo de 1840.

EL ENTREACTO.

PERIODICO DE TEATROS, LITERATURA Y ARTES.

Se sale jueves y domingos. Los suscritores reciben gratis todos los meses un drama nuevo, y una hermosa estampa, y tienen entrada en un gabinete particular de lectura, establecido en la calle de Preciados, núm. 19. Los que se suscriben por trimestre reciben además otra estampa litografiada o grabada en acero, la cual les será repartida de tiempo en tiempo, igualmente gratis.

Se suscribe á 8 rs mensuales, 20 por trimestre y 23 para las provincias franco de porte.

Puntos de suscripción. En el despacho del periódico, librería de su editor D. IGNACIO BOIX, calle de Carretas, número 8. En las provincias en todas las principales librerías y administraciones de correos.

UN ARTISTA.

I.

El judío.

—Ricardo! ¿es posible que nunca dejes el cincel de la mano? Yo creo que aun en sueños no hacéis otra cosa que delirar con vuestras estatuas; y á fé, que vuestra aplicación os sirve bien poco: siempre matando por trabajar, y sin embargo jamás podemos salir de la miseria en que ya va por tres años que nos vemos sumidos.

—Callad, buena Mónica; tal vez no esté lejos el día que alumbre nuestra fortuna.

—Y si en tanto nos morimos de necesidad?

—La providencia asiste al desgraciado, y por lo mismo no ha de abandonarnos á merced de nuestra infanda suerte. Además por muchas sombras que empañen el horizonte de nuestro porvenir, yo he de atropellar por medio de ellas, y han de desaparecer ante la antorcha resplandeciente del genio. Tengo en mi mente una santa inspiración que nadie será capaz de arrebatarme, y esa inspiración ha de elevarme un día tanto sobre los demás seres, que al través de la nube de gloria que me circunda tan solo Dios ha de alcanzar á comprender lo sublime de mis ideas.

—Estáis loco: vagáis por el ilusorio país de las ideas y no recordáis las calamidades presentes que os agobian.

—Es verdad: pe. diez días corren muy presto, y pasados que sean estará ya mi crucifijo concluido. Delarch lo verá; no podrá menos de admirarlo; y entonces... entonces... alcanzará un nombre célebre que me distinga entre los principales artistas; una posición que honre mi mérito, y una corona tal vez... ¡Oh! Mónica, á los veinte años delira el corazón con esperanzas de gloria: á los veinte años hierve en el pecho un entusiasmo que nos agita... que nos arrebat... ¡Oh! no daría yo mis ilusiones de artista, por los gozes que un potentado disfruta en su palacio.

—Bien dicen que la juventud es la fuente de las ilusiones.

—Y esas ilusiones son tan hermosas!

—Ricardo! ¿y las realidades que os rodean? ¿y la enfermedad de vuestro padre?

—Oh! Mónica! mi padre... mi padre... tenéis razón... está enfermo... es necesario que yo busque dinero y que compre el medicamento que ha de darle la vida: pero de donde lo saco? quién me le presta? Soy nuevo en esta ciudad, y por lo mismo no cuento en ella con ningún amigo de quien poder valerme: además carezco en el día de reputación artística, y nadie querrá pagar mi trabajo adelantado. ¡Oh virgen santa! ver un hijo padecer á su padre, y no poderle suministrar por su pobreza el único remedio que le daría la salud!

—No os aflijáis tanto, hijo mío: tal vez se nos ocurra algún medio...

—Ninguno, Mónica! Si mi crucifijo estuviese acabado, tendrían presto fin nuestras angustias; porque yo me lanzaría con él á los pies de M. Delarch que dicen aprecia tanto á los artistas, y le diría: tomad el fruto de mis tareas, ahí tenéis la obra que tantas horas me ha robado... guardadlo para vos, pero dadme en este momento treinta libras que necesito para dar la vida á mi padre. ¡Oh! estoy bien seguro que el mérito de mi obra ablandaría su corazón por mas duro y empedernido que fuera.

—Pero esas palabras son vanas: en situaciones apuradas, la actividad y las obras son las únicas que pueden proporcionar un remedio.

—Y bien, qué queréis de mí? decidme, que la sangre de mis venas puede volverle la salud, y me veréis rasgarlas hasta verter la última gota que contengan.

—Escuchad: ¡si una idea que me ocurre pudiera salvarnos!

—Hablad presto.

—No recordáis los ofrecimientos que os hizo aquel judío prestamista, al despedirse de vos en vuestra quinta?

—Sí, y bien...

—Tal vez si recurriésemos á él...

—Y como encontrarle?

—Le ví entrar días pasados en una casa inmediata á la nuestra.

—¡Oh! Mónica! Dios sin duda os ha inspirado en este momento. Id presto en busca de Ezequiel que ó ha de ser un ingrato, ó al recordar mis favores, ha de socorrer mi necesidad.

Un cuarto de hora habria pasado, desde que Mónica habia salido en busca del judío, cuando se la vió volver alborozada. Somos felices... exclamó lanzándose en los brazos del joven artista y rebotando de alegría: Ezequiel viene... ya está en la escalera. ¡Oh! Dios ha oído nuestras súplicas.

—Salud, joven! dijo con afectación el judío dirigiéndose á Ricardo y tendiendo al mismo tiempo una escudriñadora mirada al miserable aposento en que se hallaba.

—Salud, Ezequiel! respondió con dulzura el joven artista.

—Sin duda tendréis alguna cosa que mandarme, cuando me habeis enviado á llamar.

—Seguramente: pero antes quisiera preguntaros si recordáis haberme visto en alguna ocasión?

—Yo... no... como ve uno tantas fisonomías, le es difícil retener ninguna en la memoria. Os habré prestado alguna vez dinero; y entonces...

—No es eso. Cuando veniais á Burdeos, ¿no recordáis una casa de campo en que se os hospedó una noche de grande tempestad? Era la mía.

—Sí, es verdad, una remota idea conservo de eso, dijo el judío afectando indiferencia: pero, joven, añadió á continuación, en este momento me aguarda un quehacer impropio, por lo que si tenéis algo que decirme, estimaría que despachaseis cuanto antes.

—Sí... sí... nada mas justo, añadió Ricardo disimulando

su amargura y palideciendo su rostro. ¡Oh ingratos hombres! murmuró despues entre sí, ¡qué presto olvidais los beneficios que se os hacen! Es el caso que tengo á mi padre enfermo.

—Y bien?

—Le amo tanto, que sacrificaría mi existencia por libertarle suya y...

—Necesitais dinero? no es verdad?

—Con treinta libras le doy la salud ó le pierdo para siempre.

—¿Teneis alhajas?

—Ninguna. Me engaño! una, sí, pero que ahora tal vez no reputareis por tal.

—De ese modo ¿cómo quereis...

—Atended. La alhaja de que os hablo es un crucifijo que todavía está por concluir; pero un crucifijo que pasados diez dias podrá valerme el oro suficiente con que satisfaceros cien veces el pequeño préstamo que os demando.

—Eso es nada para mí.

—Ademas, Ezequiel, mi eterna gratitud... mi amor...

—Bah, bah! Cuando el perro tiene hambre, no se satisface por cierto con las simples caricias de su amo. No faltaba otra cosa sino que fuese á fiarme en la palabra de un mozo, y en una mala escultura que todavía está por concluir: porque ¿cómo puede ser buena una obra trabajada por un artista novel sin esperiencia, sin reputación...?

—Ezequiel, exclamó Ricardo interrumpiéndole: os he llamado para pedir os un favor y no para que me insulteis.

—No es insulto, la verdad.

—Judío! Callad vuestra lengua.

—¿Esto mas? Quedad con Dios, jóven, no quiero hacer caso de las palabras que os dicta una imaginación loca y desenfrenada.

—¡Oh! no... no os ireis, exclamó el artista lanzándose sollozante á sus pies. Perdonadme si os he ultrajado en mi locura. Me habeis dicho que era mi obra mala, y para un artista que funda en ella sus esperanzas, es esto mas cruel que si le arrancaran á pedazos el corazón.

—Vaya, dejáisme paso?

—Y mi padre! y mi padre! gritó Ricardo con acento sollozante. ¡Oh! yo no puedo verle morir... ¿no oís cual se lamenta?... cada grito suyo me despedaza el corazón... ¡Oh, piedad de mí, Ezequiel! en vuestra mano está salvarle... treinta libras... treinta libras tan solo, y pedidme en cambio cuanto querais; llevaos mis cinceles en prenda, llevaos todo lo que poseo, pero dadme las treinta libras.

—Me importunais ya demasiado con vuestras impertinencias: ea, hacedme paso, ó de lo contrario presto á mis gritos haré acudir quien sepa castigar tamaña insolencia.

—Pasad, pasad.... prorrumpió el jóven con una sonrisa de desesperación: corazón empedernido, abandonad la casa del pobre y dejadle perecer en su miseria. ¡Oh rabia! ¡y el cielo no vibra un rayo que confunda la impasibilidad de esos hombres sin sentimiento! ¡y no se unde el sitio en que fija la planta! ¡Oh! casi me hace dudar en este momento de su justicia. —Cruel! y se ha ido! exclamó con dolor despues de haber visto salir al judío de su aposento, se ha ido sin atender á mis ruegos, sin atender á los sollozos de mi padre moribundo. Un hombre que pudiera dar la vida á otro hombre, tan solo con echar la mano á su repleto bolsillo, ha querido mejor guardar un remordimiento en el corazón, que sacar de la gabela una cantidad miserable en comparación de sus tesoros. Pues bien, inhumano! añadió como herido de una repentina idea: yo te arrancaré la cantidad que me has negado, y ¡ay de ti! si opusieres resistencia, porque mi puñal es demasiado agudo para que puedas resistirle!

(Se concluyó.)

Ramon de Satorres.

La cola de la araña.

Hoy me da la ocurrencia de contar á vds. un cuento.

Erased en mi lugar, cuyo nombre no importa un comino á mis lectores, cierto predicador, fraile por mas señas, tan exagerado en el decir y tan aficionado á la hiperbole, que el mejor andaluz no le igualaba. Tanto era lo que se distinguía en sus encarecimientos y ponderaciones cuando hablaba de cualquier asunto, que su fama llegó á hacerse proverbial; y muchos que por milagro pisaban la iglesia, no perdian uno solo de sus sermones. El bueno del padre creía firmisimamente que la inmensa concurrencia que sin cesar iba á oírle, no tenía otro objeto que escuchar la divina palabra; y no se cansaba de dar gracias á Dios por haberle favorecido, aunque indigno, con el don de la persuasión y de la elocuencia. Bien presto se convenció de su error, pues no faltó quien le dijese que el verdadero motivo de tener tantos oyentes no era ni la elocuencia ni la persuasión, sino solamente el deseo de oírle exagerar en todo y por todo. ¿Con que segun eso, dijo él, los que acuden á oírme vienen á divertirse á mi costa? ¡Oh! yo me corregiré de ese defecto, si es verdad que le tengo. ¿Por qué no me han avisado antes?

Determinado á variar de rumbo en sus sermones, preguntó al lego que le acompañaba si era cierto lo que de él se decía, y el lego no pudo menos de contestarle, á fuer de verídico, que en efecto era así. —¿Pues por qué no me lo has dicho? le dijo el padre. —No me atreví, padre mío: la veneración, el respeto que tengo á vuestra paternidad... —Antes que esa veneración era evitar mi descredito... Pero á decir verdad, ignoro en qué consiste el estilo hiperbólico que me atribuyen. ¿Lo sabéis tú? —Yo, padre... —Vamos, no te detengas: dime lo que piensas acerca del particular. —La gente dice que en los panegíricos, pongo por ejemplo, excede vuestra paternidad el modo razonable de ensalzar las virtudes de los santos, dejándose llevar de un celo mal entendido, y pintando sus milagros con colores tan exagerados que mas parecen patrañas inventadas adrede, que no hechos sobrenaturales y divinos. —¿Estás en tu juicio? —Y dicen tambien que el día en que vuestra paternidad se empeña en ser casuista, abre á todo el mundo las puertas del cielo, al paso que si le da por echarla de rigorista á ningún cristiano inspira la menor esperanza de salvación. El defecto capital de vuestra paternidad consiste en ser estrechado en todo. —¿Cómo, insolente? ¿Así te atreves á hablar? —Padre, no soy yo el que lo dice, es la gente. —La gente! la gente!... En fin, todo es posible: no será extraño que mi exaltación y mi fervor religioso hayan pasado de raya alguna vez. Yo procuraré evitarlo, pero como á pesar de mis esfuerzos puedo sin embargo escederme, es preciso que estés á la mira, y que cuando conozcas que alguna de mis espresiones es demasiado hiperbólica, me tires disimuladamente la manga, y yo la corregiré. —¿Pero cómo quiere vuestra paternidad que yo... —Es el único medio. —¿No sería mejor leer el sermón á quien lo entienda, antes de predicarlo, que no encargarme á mí una tarea superior á mis conocimientos? —No dices mal; pero es el caso que no escribo mis sermones, y por consiguiente mal los podré leer. Nada! lo que te he dicho. Si te parece que me excedo en el calor de la improvisación, me tiras boníticamente la manga, y todo se remediará. —Hagase como vuestra paternidad quiere; pero repito y protesto... —No hay protestas ni repeticiones que valgan! Lo mando, y se acabó.

Tuvo el lego que resignarse, y se decidió á obedecer.

Al día siguiente celebraba la cofradía de san Jorje la fiesta de su patrono, solemnizándola con misa cantada y sermón. Por una fatalidad, el predicador elegido para el panegírico cayó gravemente enfermo pocos momentos antes de comenzarse la misa, y no había otro remedio que apelar al fraile improvisador. Dijéronle el apuro en que se veían y la necesidad de evitar que la festividad se redujese únicamente á la misa. El padre no se hizo rogar, y así que concluyó el evangelio subió al púlpito, siguiéndole el lego detras y colocándose junto á él por lo que pudiera ocurrir.

El predicador comenzó de esta suerte, no sin asustar al lego que temió oírle desbarrar desde la primera palabra.

«¿De qué santo, cofrades ilustres, os voy á hablar este día? ¿Que palabras bastarán á espresar lo que tan sagrado asunto merece? Todo lo que he dicho hasta ahora no equivale nada á lo que voy á decir...—(al oír esto el lego estuvo por tirarle la manga; pero se contuvo hasta ver en qué paraba el exordio)—nada equivale, repito, porque no os hablo ya de un mártir, de un confesor, de una vírgen ó de una viuda cuyas virtudes sean menos conocidas de la generalidad de mis oyentes: os hablo de ese santo admirable, de ese campeón esforzado que mató la terrible araña. ¿Que araña, hermanos míos! La cola solamente tenía doscientas leguas de largo»—Al oír esto el lego, creyó imprescindible la necesidad de tirarle la manga. El fraile volvió en sí, no solo por el tirón, sino también por haber advertido en sus oyentes un movimiento de estupefacción bastante significativo.—Me he excedido sin duda, dijo para sí, pero todo tiene remedio.—

«Veo, prosiguió, que os habeis quedado admirados al oír la prodijosa estension de esa cola; y á decir verdad, á mí también me parece demasiada. Lo más que podría tener, sería unas ciento cincuenta leguas...»

El lego volvió á tirarle la manga. ¿Qué diantre? volvió á decir entre dientes: ¿acabo de quitarle cincuenta leguas, y aun le parece larga?

«Ciento cincuenta leguas (repitió, dirigiendo la voz á su auditorio); pero leguas de aquellos tiempos, es decir, una tercera parte más cortas que las que se usan ahora; y por lo mismo la cola de la araña, midiéndola en la actualidad, tendría cien leguas cabales.»

Por tercera vez hubo el lego de acudir al tirón, no sin temor de parecer importuno al bueno del padre, el cual prosiguió de esta suerte:

«Tal es la opinión común, si bien no la más acertada, puesto que no falta autor que dice (y yo soy enteramente de su dictamen) que lo más que la cola tendría vendría á ser unas cincuenta leguas con poca diferencia.»

No dejó de titubear el lego en lo de tirarle ó no tirarle la manga por cuarta vez; pero tanto le había encargado el fraile que estuviese á la mira, que se decidió á hacerlo así temblando de pies á cabeza. Nunca lo hubiera hecho! Enojado el predicador de tantos y tan repetidos tirones...; basta! le dijo dándole un envión: ya he cercenado ciento cincuenta leguas, y aun te parece poco? ¿Quieres, majadero, que le quite las cincuenta restantes y se queda la araña sin cola?

MASCARAQUE.

POESIA.

A JULIA.

No es de la tarde el mágico lucero
La noche al comenzar tan esplendente,
Ni tan hermoso, Julia, el sol de enero
Cuando en medio de un cielo transparente,
Su luz brindando al universo entero,
Su luz ostenta la dorada frente;
Como tus ojos son, tus ojos bellos
Que eclipsan del sol mismo los destellos.

Ni es tan puro el aroma de las flores
Como puro es tu aliento: ni la rosa
Con todos sus matices y colores
Nace en el mes de mayo más graciosa:
Y si inventasen hábiles pintores
La más perfecta imagen de una diosa
Y en cotejo contigo se pusiera,
Nunca Julia, en belleza te escediera.

Cual cándida y purísima azucena
Que en ameno vergel hermosa crece,
Y que los aires de fragancia llena
Cuando la brisa celestial la mece,

Tal vez teñido de azulada vena
Puro tu seno y virginal parece.
Y es tan blanca, muger, tu mano breve
Que no le iguala el ampo de la nieve.

Del delicioso Eden Hurí divina
Oferta del profeta al buen creyente
Al contemplar tu gracia peregrina
Viera en ti un musulmán: y humildemente
Al ídolo olvidando á quien se inclina
Rindiérate el gentil su aliva frente,
Y yo cristiano que por Dios respiro
De la empírea region ángeles te miro.

Pues dijo el alto Ser: nazca en el suelo
Cuya hermosura al universo asombre,
Imígen de los ángeles del cielo
Una muger á quien adore el hombre
Cual de la vida mágico consuelo,
Y entonces, Julia, pronunció tu nombre.
Y los celestes rayos se eclipsaron
Y á par cuantas te vieron te envidiaron.

Mas ay! que en vano tan cabal belleza
Dió á tu rostro el señor, si helado el pecho
Mis amores escuchas con tibieza
O me respondes con fatal despecho.
Dejándome que muera de tristeza
Del desengaño en el amargo lecho,
En vano es para mí que así te adore
Si solo quieres que padezca y lllore.

¿Porqué otro tiempo Julia, si mentías,
Eterno amor festiva me jurabas?
¿Por qué á mi lado con placer fingías
Que mis dulces palabras escuchabas,
Y estrechando mi mano me decías
Que eras feliz, si ingrata me engañabas?
¿Era acaso, muger, era tu intento
Gozarte luego en mi mortal tormento?

No pienses, no, que compasión imploro,
Ni hallar pretendo en ti la paz perdida:
Ni busco que te duelas de mi lloro
Ni que des con tu amor calma á mi vida.
Que aunque es verdad que como á Dios te adoro
Y nunca el pecho enamorado olvida,
Se que en el mundo la que nace hermosa
Jamás con los rendidos es piadosa.

MANUEL AZCUTIA.

VARIETADES.

Muerte de hambre. Un tal Donzelle, soltero, de edad de cuarenta y tres años, y residente cerca de Châtel (Francia) había hecho voto de permanecer cuarenta años sin comer: vamos á dar algunos pormenores sobre este hombre que sucumbió víctima de su extraña resolución.

Donzelle se había constituido en cocinero de su madre, y la preparaba los alimentos, á los que por supuesto no tocaba. La idea de su singular resolución le provino de resultados de una mala inteligencia con su maestro, fabricante de vidriado. Donzelle rió con él y dejó el taller; y como su madre le manifestase que si no trabajaba no comería, declaró que no volvería á comer. Desde entonces se abstuvo de todo alimento, y no hizo más que beber agua y fumar tabaco por espacio de 28 días. Es sorprendente que haya podido vivir tanto tiempo observando un ayuno riguroso. Hasta su muerte reusó los consejos de medicina y aun los socorros eventuales que le ofrecía un médico para cuando cumpliera su voto.

En la alteración de las facultades intelectuales de aquel hombre se notaban caprichos altamente origina-

les. En siete años que habían transcurrido desde que muriera su barbero, se había negado constantemente á dejarse afeitar por otro. Se había construido un puente sobre el arroyo que atraviesa aquella población: pero este puente, según su opinión, no estaba bien colocado, juró no pasar nunca por él, y cumplió su palabra: cuando tenía que pasar por el arroyo; le atravesaba á nado por crecidas que estuviesen las aguas. Otro rasgo más singular es que acostumbraba dirigirse á su trabajo siguiendo cierto sendero; pero en medio de este camino se alzó una casa, y por no dar un rodeo de pocos pasos, Donzelle entraba en la casa nueva y saltaba por la ventana en la dirección del camino antiguo.

—Lista de los individuos que componen la compañía de verso y baile de la ciudad del Puerto de Santa María, para el presente año cómico.

Formador, don Servando Duval. *Director de escena*, don Francisco Caravaca.

ACTORES.

Primer actor, don Francisco Caravaca: *segundo y suple al 1.º*, don Alejandro Pizarroso: *otro idem y galán joven*, don José Sopera: *terceros*, don José Rodríguez Bombillo, don Juan Fernandez: *primer barba*, don Juan Peinado: *segundo idem*, don José Guerrero: *primer gracioso*, don José Dardalla: *segundo idem*, don José Lara: *característico*, don Ramon Quintan: *Subalternos*, don Antonio Ortiz, don Francisco Pardo, don Antonio Prieto, don José Pelicer.

ACTRICES.

Primera actriz, doña Ramona Rodríguez: *2.ª y suple á la 1.ª*, doña Jacoba Martínez: *dama joven y graciosa*, doña Josefa Ugier: *4.ª dama y 2.ª graciosa*, doña Francisca Ugier: *supernumeraria*, doña Josefa Muñoz: *característica*, doña Francisca Castro: *Subalternas*, doña Carmen Ortega, doña Vicenta Muñoz, doña Encarnación Canova: *para papeles de su edad*, doña Emilia Ortega.

APUNTADORES.

Primeros, don Servando Duval, don Ramon Ortega: *segundos*, don Antonio Prieto y Sanchez, don José María Alcalde.

DIRECTOR DE BAILE.

Don Federico Bartorelo.

BOLERAS.

Primeras, doña Encarnación Canova, y doña Jacoba Martínez, doña Ana Romero, doña Clara Pols.

BOLEROS.

Primero, don Federico Bartorelo: *segundo*, don José Pelicer.

PROFESOR DE PINTURA.

Don Juan Coli.

MAQUINISTA.

Don Miguel Gomez.

GUARDARROPA.

Don Domingo Garcia.

MAESTRO SASTRE.

Don Manuel Moreno.

Primer violin y director de orquesta, don Luis Rufoni.

Teatros nacionales.

CIRCO OLIMPICO. Sigue el público favoreciendo este local con la misma concurrencia que los primeros días. En la noche del jueves 14 y domingo 17 fue muy aplaudida la escena en que el señor Paul se hizo obedecer del caballo *Beduino*, complaciendo sobre manera á los espectadores, lo mismo que en las del *dragon frances borracho* y la *toma del estandarte griego* ejecutadas ya anteriormente. El señor Isidoro en la escena del *carnaval de Venecia*, la señorita Julia en el *alambre flojo* y los señores *Amand y Blanco* en *Rognolet y Pascarau* dejaron satisfecho al público. Iguales fueron la concurrencia y las demostraciones del aprecio de los espectadores el martes último, en cuya noche se presentó la niña Emilia Paul restablecida de su dolencia.

TEATRO DE CADIZ. En el principal se han ejecutado desde el día de su apertura las óperas *Ipermestra*, *Stra-*

niera y *Chiara de Rosenberg*, habiendo recibido numerosos aplausos las señoras Villó y Plañiol, el señor Unanue y generalmente toda la compañía que ha parecido muy buena, exceptuando la parte de coristas, entre los cuales se hallan algunos cuyas gargantas y voces desafinadas parecen, según la espresion de un periódico de aquella capital, los órganos de Móstoles. Con la señora Plañiol ha sucedido una contradicción chocante, pues habiendo sido aplaudida con entusiasmo la primera noche que se presentó al público, fué ceceada y aun silbada en la Chiara. Dicha actriz, deseosa de manifestar su agradecimiento á los aplausos recibidos en la *Ipermestra*, se comprometió á ejecutar, siendo contrato, la parte de tiple, por no haber quien la desempeñara, y el público correspondió á sus deseos de agradarle con dichas señales de desaprobación. ¿Para que nadie se fie en los públicos, y en los epítetos de indulgentes que continuamente se les da!

La compañía del *Balon* ha desagradado de tal manera, que los redactores de la *Aureola* se espresan en los siguientes términos: «la pluma se cae de la mano al escribir de este teatro: baste decir que algunos individuos de la compañía no saben ni aun pronunciar bien las palabras, diciendo por consecuencia una infinidad de disparates. Nuestra censura no se estiende á la graciosa, al primer galán, ni á otro joven que perteneció antes al teatro principal.»

DIVERSIONES PÚBLICAS.

TEATRO DEL PRINCIPE. A las ocho de la noche:

Se pondrá en escena la función siguiente. Se dará principio con una sinfonia: en seguida se ejecutará la comedia original de don Manuel Breton de los Herreros, titulada *No ganamos para sustos*, en la que tendrá el honor de presentarse por primera vez al público el actor don Juan Terrova á desempeñar el papel de *Gavino*. Desconfiando este actor de su escaso talento, pone toda su confianza en la indulgencia de un público que tan bondadoso ha sido siempre con los que se dedican al difícil arte de la declamación.—Intermedio de baile; terminando la función con un divertido sainete.

NOTA. Se está ensayando para ponerse en escena á la mayor brevedad el drama en cinco actos, original de don Antonio Gil y Zárate, titulado *Carlos segundo el Hechizado*.

CIRCO OLIMPICO. Hoy jueves á las ocho se ejecutará una variada función, cuyos programas se hallarán de venta en la puerta de entrada al Circo, á dos cuartos cada uno.

ANUNCIO.

Corridas de toros, sus ventajas y desventajas. Obra escrita por el erudito y discreto señor conde de Salazar, ministro que ha sido de Marina.

En ella se defiende á nuestra patria de las injustas acusaciones de los escritores extranjeros por la supuesta ferocidad que atribuyen á estos grandiosos espectáculos que solo la España presenta; se contesta á todos los argumentos que hacen contra estas fiestas españolas los más acérrimos declamadores nacionales y extranjeros; y se demuestra que casi no hay país que no tenga otros más repugnantes, feroces, peligrosos y perjudiciales; y que en ninguno se ostenta más el valor, la bizarría y la destreza, acotando en comprobación las diversiones de los países que pasan por más cultos. Un tomito en 8.º prolongado: su precio 6 rs.

Vendese en la librería de Cuesta, y en la calle de Carretas platería de don Baltasar Gasco, en donde se espenden los billetes para las corridas de toros.

EDITOR, DON IGNACIO BOIX.

IMPRENTA DEL ENTREACTO.